Por Juan Carlos Méndez Guédez

EL LECTOR VIDRIERA

0

Leía el *Quijote* en los mismos años en que había decidido ser Papa.

1

Me recuerdo rabioso leyendo el *Quijote*.

Estoy en la biblioteca de la Escuela Experimental Venezuela. Por las ventanas miro la Avenida México. Autobuses, carros modernos, ventas de jugo de caña, ventas de raspados, árboles inmensos, niñas con uniformes blancos, niños con guardapolvos. Y me veo rabioso en algún día de 1978 mientras leo las aventuras del señor que escapó de casa para combatir gigantes que en realidad son molinos de viento.

Lo sé. Lo correcto sería decir que aquel niño quedó fascinado por ese mundo imaginario. Pero lo cierto es que el modo en que el *Quijote* superponía un discurso paralelo sobre la realidad me parecía absurdo.

No pude abandonar esa historia. Era demasiado irritante como para dejarme indiferente.

2

En *La española inglesa* se dice: «Corrió el tiempo, y no con la ligereza que él quisiera: que los que viven con esperanzas de promesas venideras siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los pies de la pereza misma».

En casa encontré otros libros de Cervantes. Subrayo ahora esa frase porque creo que explica aquellos días. Me recuerdo solitario, a cientos kilómetros de mi familia, esperando a que llegase agosto, el tiempo cuando pasaba vacaciones con ellos en Barquisimeto o cuando íbamos a Los Caracas para gozar días de playa, río y piscina.

Esa frase cervantina me hablaba, convocaba la intimidad de una voz que explicaba mi impaciencia, los ojos con los que miraba el calendario esperando que el aburrimiento del colegio diese paso a mañanas entre olas y arena.

Y esos días vacacionales: largos, entrañables en sus voces de tías, tíos, primas, amigos, me servían para imaginar durante horas y horas que yo habitaba dentro de esas películas de charros en las que hombres a caballo impartían la justicia, recomponían el mundo, conocían el amor, cantaban.

Quería ser, sin saberlo, un Quijote con tequila.

3

No tengo otro remedio que imaginar esos meses. Contarlos, sabiendo que toda memoria es un modo de la ficción.

Esos tiempos de la niñez eran el salto de los libros de leyendas, mitos y cuentos de hadas, a los libros realistas que yo comenzaba a explorar. Lector insaciable, anárquico, confuso y confundido que empezaba a sentir fascinación por historias que me hablaban de lo próximo, de lo que familiar, de lo que tenía nombres reconocibles.

Pensaba que existía, por un lado, ese mundo de historias sobrenaturales, mundo de transformaciones fantásticas, mensajeros inesperados que aparecían en paisajes rusos o en bosques franceses, y por el otro, el universo de *Ifigenia* y su tedio en una Caracas provinciana.

Pero el *Quijote* se situaba en un punto impreciso, en una frontera que me asustaba. Un territorio donde la mente del personaje daba saltos entre dos universos. Eso me daba mareos. Una frontera de palabras que se diluían. Un aquí que era allá, un allá que era aquí. Un allá que era aquí siendo un allá sin dejar de ser siempre el aquí.

4

¿No es esa frontera mental de algunos personajes cervantinos uno de sus más refulgentes logros? ¿No es ese el lugar ideal para la escritura? Un personaje que coloca un pie en su realidad más ramplona y otro en sus fantasías más expansivas.

Esa idea de frontera agujereada, porosa. De viaje constante de uno a otro lugar.

Cervantes me mostraba el lado más jugoso de la escritura y la imaginación mientras yo seguía irritado con el más famoso de sus personajes. La aguda oscilación, el apasionante viaje entre lo inmediato y lo soñado, las capas que separan y comunican lo cotidiano y lo sorprendente.

Pero sucedió entonces la fascinación por *El licenciado vidriera.* Aquel hombre atormentado que huía del contacto humano, pues podían destruirlo, ya que en su imaginación se había convertido en cristal. Allí sucedió de forma explosiva la identificación entre lo escrito y la persona que lo lee. Cristal. Cristal. Vidrio. Piel de vidrio. Piel que se quiebra. Miedo ante el roce que quiebra y fractura. Yo leía y era vidrio. Yo leía y caminaba por Salamanca como un ser de vidrio.

Porque leemos para tener más espesor vital, para ser quienes somos y también ser aquello que leemos. Esa narración de Cervantes me transformó y descubrió en mí una idea de fragilidad que me sigue conmoviendo y acompañando.

Niño de vidrio. Adolescente de vidrio. Joven de vidrio que era yo desde que leí a Cervantes.

Niño de vidrio, adolescente de vidrio, joven de vidrio que yo descubrí ser desde que leí a Cervantes.

Y mientras escribo estas notas, encuentro estas frases entrañables de Andrés Trapiello: «Me hubiera gustado ser El licenciado vidriera Tomás Rueda o Tomás Rodaja... un personaje simpático con el que Cervantes se está identificando. Le hace decir todas las cosas que solo se le permiten decir a un loco, y al mismo tiempo tiene toda la compasión que le arranca la realidad española».

5

Cervantes habitaba en mí como experiencia de vida, pero también como modo del oficio.

Ya sabemos que leer espléndidas novelas contemporáneas del XXI, o del XX y el XIX, es un modo de leer a Cervantes sin leer a Cervantes.

No me refiero tan sólo a la construcción de un par de personajes que avanzan en su trayectoria, acompañándose, complementándose, creando tensiones dramáticas y desarrollos en los que es indispensable la labor de dos figuras. Hablo, como es obvio, de lo metanovelesco, de la mixtura de lenguajes y géneros, de los juegos de máscaras con los narradores, y hablo por supuesto del humor.

Ah, el humor.

El nuevo problema que tuve con Cervantes.

6

Lo cervantino me resultaba un mundo muy serio. Un mundo de muchas notas de pie de página, expertos, largas citas, señores con

corbata que enumeraban y beatificaban el *Quijote* como una suerte de libro sagrado y de ejemplo moral.

Pero yo me reía mucho al leer el *Quijote*. Algo en mí no podía estar funcionando correctamente si aquel libro me producía carcajadas.

Por aquel entonces yo comenzaba a decidir cuál sería el oficio al que dedicaría mi existencia. Era una pregunta común que se le realizaba a los niños. Yo la resolví enumerando una larga lista de profesiones: traumatólogo, ingeniero, violinista, segunda base del Cardenales de Lara, escritor y personaje de película de charros. En el fondo, todas me resultaban apuestas serias y adustas. La risa no entraba en ellas. Pero con los años, la indolencia y la pereza me mostraron que no era práctico abarcarlo todo, y como en esa época me llevaban a misa con frecuencia, mis posibilidades laborales se fueron sintetizando. Decidí ser Papa. Me parecía un buen trabajo: gastos pagados, altas responsabilidades, infalibilidad, nada de despidos, contacto directo con Dios.

El asunto tenía algunas complicaciones. Me aburría ir a misa. Me aburría muchísimo. Era la media hora más larga de mi vida. Pero supuse que sería más estimulante asistir a la misa si era yo quien la pronunciaba. Igual las complicaciones se mantenían. ¿Un Papa barquisimetano? ¿Un Papa no nacido en Italia? Bueno, eso podría resolverse, diría que siempre me había sentido romano. En mi imaginación, todos mis juegos, mis pequeñas aventuras habían sucedido en el Trastévere.

En las novelas había comprendido que la vida inmediata es sólo una parte de la vida. Lo que se imagina y se cuenta es parte muy grande de la vida misma. Así que yo podía ser un romano nacido en el hospital Antonio María Pineda de Barquisimeto.

Pero ¿leían novelas los Papas? Peor aún ¿reían al leer novelas los Papas?

Y es que el problema era ese. Yo soltaba carcajadas al leer el *Quijote*. Quizá no podría ser Papa si no era capaz de contener las risas al leer a Cervantes.

7

Fernando Iwasaki dijo en alguna ocasión: «Si me hubieran besado más a menudo quizá no me habría enamorado tanto». Y ese fue el signo de la adolescencia, viví enamorado esos años. Siempre. Con constancia, persistencia. Pero no era correspondido y

dentro de mí persistía la idea de que a aquellas muchachas no les podía resultar confiable una persona que leía y leía y era capaz de reírse con un libro tan grande como el *Quijote*.

Decidí no ser Papa.

Alonso Quijano comenzaba a resultarme simpático. El mundo de las Dulcineas era menos amargo que el mundo real de las díscolas muchachas de Caracas.

8

Un mundo donde lo imaginario ennoblece las deficiencias de lo real. Esa, sin yo saberlo, era la gran lección cervantina. Le elección de sus personajes. Por eso sucedió la fascinación con una novela cervantina escrita por un peruano nacido en 1939: Alfredo Bryce Echenique.

En *La vida exagerada de Martín Romaña* un personaje enloquece de pasión, vive mil aventuras parisinas y luego regresa a un sillón Voltaire después de haber vencido los ataques de los miles de seres imaginarios que habitan el amor, el abandono, el fracaso y la ternura.

Aquella lectura deslumbrante me hizo comprobar que en las novelas era lícito reír, llorar, sentir exageradamente. Que era lícito mezclar personajes reales con imaginarios. Que posiblemente la carne más jugosa de toda novela fuese la centralidad entrañable de un personaje.

Muchos años después, estaba leyendo a Cervantes sin leer a Cervantes.

9

Hay un óleo de Norman Rockwell que me encanta: *Triple autorretrato*.

Lo miro y siento que me susurra frases sobre la escritura. Incluso que me susurra frases sobre estas confesiones que ahora escribo frente a esa suerte de espejo que es la pantalla del ordenador.

Rockwell se mira en el espejo, Rockwell se pinta en el lienzo mucho más joven, más guapo, más fuerte de lo que en realidad es, Rockwell pinta el momento en que pinta a Rockwell mirándose en el espejo y pintándose.

Rockwell tiene un pie en el mundo inmediato y otro en el de la ficción con que recrea su propia imagen.

Rockwell pinta un mundo donde lo imaginario ennoblece las deficiencias de lo real.

Allí veo a Cervantes sin leer a Cervantes.

10

En dos lecturas que me acompañaron estos días recientes seguí encontrándome con Cervantes fuera de Cervantes.

Ya lo dijo Juan Gris: «la "calidad" de un artista deriva de la cantidad de pasado que lleva en sí mismo».

Leí *Viste de verde nuestra sombra*, de Ricardo Azuaje, y *Retrato de un caballero*, de Miguel Gomes. La primera se publicó en 1992. La segunda en 2015.

Lo primero que debo contar sobre *Viste de verde nuestra sombra* es que se trata de un «manuscrito encontrado», guiño cervantino –que a su vez es guiño a las novelas de caballerías– y que en este caso no es estrategia literaria, sino un hecho real. Eran los tiempos en que se escribía a máquina, cuando las mudanzas significaban cajas perdidas, papeles desaparecidos. Ricardo Azuaje había extraviado esta novela breve en algunos de sus desplazamientos entre Mérida, Yuruaní o Caracas, y en una ocasión, conversando con el narrador Rubi Guerra, descubrió que aquel amigo conservaba ese manuscrito.

Azuaje logró recuperar su novela, la presentó a un premio, ganó.

La breve novela nacía con un pie en la realidad y otro en la ficción.

Por eso sentí como natural su anécdota. Un estudiante que enloquece con sus lecturas y se enfrasca en la temible lucha por llegar a la esencia de la identidad venezolana. De allí que el personaje se vista como los indios de los *Western* y salga con un hacha a destruir la ciudad de Caracas.

Un libro que me hizo reír a lo largo de sus páginas. Una risa sin culpa, porque yo ya no quería ser Papa y era capaz de leer el *Quijote* a carcajadas sin esconderme de nadie.

Por su parte, *Retrato de un caballero* me resulta cervantina por las muchas novelas que hay dentro de esta novela de Miguel Gomes. El lenguaje muta, las situaciones se transforman, los lugares cambian. Por momentos asistimos a una novela picaresca contemporánea, en otros es un thriller, en otros una novela psicológica, en otros fantástica. La novela en su máxima potencia como apropiación de múltiples discursos que juntos configuran un nuevo sentido.

Lo que hizo Cervantes con las novelas de su época, la de caballerías, la pastoril, la bizantina.

Y la risa, claro, siempre la risa.

11

Cuando las ambiciones papales quedaron olvidadas y supe que el eje de mi vida sería escribir, comprendí que Cervantes era inagotable desde un punto de vista técnico y que su obra contenía la poética que edificaría lo que deseaba narrar.

Ya lo he ido acotando en estas confesiones. Pero necesito subrayar esos puntos.

- La novela como un artefacto narrativo sostenido en la fuerza de un personaje a cuyo servicio se coloca el lenguaje, la anécdota y la estructura.
- La apropiación de todos los discursos pertinentes de nuestro entorno para configurar novelas que siendo mixtura de relatos antagónicos ofrezcan un sabor inédito. En una novela caben cuentos de hadas, telenovelas, estados de Facebook, merengues, óperas, informes médicos, poemas, teatro, guiones de cine, oraciones de brujería, correos electrónicos, novelas de aventuras, novelas negras, novelas picarescas y publicidades de radio. El novelista es un cocinero audaz que combina ingredientes con el fin de que la reunión de esos sabores derive en un sabor nuevo, inesperado.
- El narrar como juego anecdótico y estructural. Porque narrar es un juego muy serio y muy divertido.
- Y el humor. El humor como herramienta curativa, como celebración del vivir, como ironía sobre las trampas de nuestra vanidad, el humor como diálogo con el otro, el humor como abrazo, como compasión, como forma amorosa, como ajuste de cuentas con la vida propia y la ajena.

12

Vitalmente, también confieso que Cervantes me regaló una importante enseñanza. Con Cervantes comprendí que el fracaso era más llevadero si derivaba en novelas.

El Miguel de Cervantes que no pudo alcanzar el éxito que deseaba en la poesía y el teatro, alcanzó la plenitud de su creación al escribir novelas. Las novelas son un buen lugar para lamerse las heridas.

El novelista puede ser un fracasado feliz, incluso generoso. Alguien que cede el asiento en el metro, que alimenta a los gatos de la calle, que atrapa por el brazo a un niño pequeño que va a cruzar una avenida sin mirar los coches.

¡Malos poetas! ¡Malos dramaturgos del mundo! escuchadme un instante, no lo digo yo, lo dice la vida de Cervantes. Haced la novela y no la guerra.

13

Pienso en el *Quijote* como una escenificación constante de lo ficcional.

Ente novelesco que propicia la duplicación, que propicia la expansión en un otro que lo completa y lo explica.

Por sólo citar un par de ejemplos, el clavileño me resulta una evocación, una expansión de Rocinante. Construcción en madera que me ayuda a recordar al caballo famélico de Quijano. Y del mismo modo el falso *Quijote de Avellaneda* me resulta una expansión natural de la primera parte del libro de Cervantes. Un Quijote de madera que sucede como consecuencia inevitable de un libro que ama la multiplicación de las historias, la prolongación de un suceso en otro, la expansión de una palabra en otra palabra.

El *Quijote de Avellaneda* es desde su invisibilidad y su desprestigio, parte integral de la ficción cervantina. Es su lado penumbroso, su envés, su derivación mezquina, su prolongación falsificada.

Lo original necesita de lo falso para ser más real. El falsificador es un aliado de la ficción cervantina; trabaja para ella.

Me gusta imaginar a Avellaneda como otra máscara de Miguel de Cervantes.

(Y recuerdo ahora cuando escuché a Susanne Lange comentar que una de las primeras traducciones del *Quijote* al alemán, incorporaba el *Quijote de Avellaneda* entre la primera y la segunda parte cervantina. Una barbaridad como estrategia de traducción, pero también, otro inesperado gesto ficcional. Un nuevo libro creado por el traductor alemán, como si hubiese querido agregar una nueva máscara a las máscaras de Cide Hamete Benegeli y del traductor morisco toledano y del propio Cervantes).

14

Venimos de Cervantes, pero lo que deriva de su escritura sigue siendo sospechoso. Las novelas que no encajan en una sencilla etiqueta son sospechosas. Las novelas que causan risa y conocen lo festivo son sospechosas. «Obra menor, divertimento», dicen algunos críticos, dicen algunos lectores cuando

un libro los hace felices y deciden esconderlo con prisa dentro de sus abrigos.

Sospecho que muchas de esas personas tan serias, también quieren ser Papa.

15

Confieso que en los años recientes vuelve la irritación con el protagonista del *Quijote*. Al lector que soy ahora, ese momento final cuando Quijano reniega de su locura, le resulta una traición imperdonable.

Pero luego pienso: es otro juego irónico. Otro juego, el juego final que cierra el juego para expandir la posibilidad de lo lúdico dentro de los lectores.

16

Ya no quiero ser Papa, pero me habría gustado ser personaje de película de charros para deshacer agravios y enderezar entuertos.

Sigo siendo de vidrio.

Pronto cumpliré cincuenta años.

Nota: Buena parte de estas notas se basaron en el texto inédito: «Cervantes, Cervantes, Cervantes», escrito en inglés por Rafael Bolívar Coronado y que conseguí casualmente en un mercado de Salamanca en 1996, extraviado en una edición del título: *Caciques heroicos: Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy, Nicaroguán*. Expreso mi gratitud a este autor y a Julio Miguel Vivas, quien tradujo para mí esas palabras.